

CRUZ

Māgrit

—¡Maldita sea! ¡No pude ser que se lo haya tragado la tierra!

—Pero, le hemos buscado por todas partes. La vigilancia que colocamos en su casa y en su trabajo tampoco ha dado resultados.

Felipe Cruz, responsable de seguridad de la zona dos de *Māgrit*, estaba muy alterado. Meneaba su cabeza rapada mientras movía sus ciento veinte kilos de peso de un lado a otro de su despacho. Era conveniente mantenerse alejado de él. Oscureció las mamparas de cristal cuando el agente Pérez entró. Cruz no quería miradas indiscretas desde los puestos de trabajo de la oficina. Se detuvo frente a Pérez, al que prácticamente le sacaba la cabeza. Estaba acostumbrado a mirar desde arriba a casi todo el mundo.

—¿Estás seguro de que el escaneo de imagen fue correcto?

—Señor, este identificador no ha fallado nunca.

Hasta el momento, el escaneo de imágenes tomadas por los nuevos telecomunicadores que manejaban los agentes de seguridad no había dado errores al identificar personas. Incluso el hándicap de la distancia había sido solventado con los modelos de última generación.

—Ya han pasado dos semanas y no ha ido por su casa ni un solo día. Tampoco a su trabajo... Estamos seguros de que no ha llamado a nadie, ¿no? —preguntó Cruz.

—Hemos intervenido su comunicador y no registra llamadas salientes desde aquel día. Si alguien le ha llamado, él no ha respondido. Tampoco ha enviado mensajes.

Podría haberse refugiado en casa de algún amigo, pensó Cruz..., pero era extraño que después de tanto tiempo no hubiese al menos llamado a su trabajo para avisar de su ausencia...

—El dardo que le lanzaste le alcanzó, ¿no?

—Sí, señor. Se clavó de lleno en el cuello —confirmó Pérez—. Es imposible que una persona normal fuese capaz de mantenerse en pie más de tres minutos con la dosis que llevan.

Cruz guardó silencio. Pérez prácticamente no se atrevía a dirigirle la mirada. Temía a su superior más que a nadie. Durante los dos años que llevaba bajo su mando, había visto cómo se las gastaba cuando algo se torcía.

—Espérame fuera con un coche. Vamos a seguir el recorrido de la persecución.

—Pero, señor, ya he hecho eso mismo cinco veces y no he encontrado nada...

—Vete a por un coche —respondió tajante Cruz, ignorando la queja de su subordinado.

EN LA CALLE

Aquellos últimos días de enero estaban siendo duros. Los más duros sin duda desde que vivía en la calle. La temperatura durante la noche llegaba a los dos o tres grados bajo cero, pero por suerte, si es que se puede llamar así, no había llegado a nevar. Viendo que nadie reclamaba el lugar, había establecido su refugio definitivo sobre la repisa del ventanal. El ligero desnivel que presentaba hacia la calle, era suficiente para impedir que el agua se acumulase en días lluvia y tenía suficiente anchura para que las cajas en las que se resguardaba estuvieran protegidas de las inclemencias del tiempo. Era un lugar casi perfecto, dadas las circunstancias.

Por las mañanas se despertaba con los sonidos que avisaban del inicio de actividad en la ciudad. Primero el paulatino incremento de tráfico, después las voces de los repartidores que descargaban cajas en un supermercado próximo, unidas a las conversaciones de gente que iba a sus trabajos. Aunque despierto, permanecía unos minutos tumbado entre sus cajas de cartón, enrollado en el cúmulo de mantas y trapos que había ido recogiendo de los contenedores de basura en las últimas semanas.

Cuando decidía incorporarse lo hacía con cuidado, para no romper la hilera de cajas que había ensamblado para formar

una especie de sarcófago de cartón. Primero empujaba con las manos la caja final y tras ello reptaba hasta sacar por completo su cuerpo. Una vez fuera hacía su rutina de ejercicios de estiramiento, principalmente para desentumecer sus músculos tras la gélida noche. Después tomaba asiento junto a sus cajas y sacaba algo para beber y alguna pieza de fruta de entre los pocos víveres que pudiese tener almacenados.

Durante su desayuno, veía pasar la marabunta de niños y padres que se dirigían a colegios cercanos. Unos charlando animadamente y otros en silencio con cara de no haberse despertado totalmente. Entre todos había una niña morena, de unos nueve años, que siempre le observaba disimuladamente. No sonreía ni decía nada. Simplemente le miraba de reojo, como preguntándose qué haría ese señor ahí. Lo mismo se preguntaba él desde hacía dos semanas, el tiempo que había pasado desde que recobrarse el conocimiento en aquel túnel. Y ahora allí estaba, sentado junto a unas cajas de cartón en la calle, vestido como un pordiosero y comiendo una manzana mientras la gente desfilaba delante de él.

Llegadas las nueve y cuarto, cuando el discurrir de personas comenzaba a decrecer, era el momento de ponerse a caminar. Cada día seguía una ruta distinta. Gracias a las largas caminatas llegó a conocer buena parte de la ciudad y a comprobar que se extendía mucho más allá de los límites que esperaba, además de ver que los lugares donde desarrollaba su vida habitual habían cambiado de función o directamente no existían. Antes de dejar sus cajas, siempre se aseguraba de llevar consigo una pequeña mochila de lona. En ella guardaba las llaves de su casa, la cartera con documentación, algo de dinero y su comunicador. Habitualmente lo mantenía apagado, aunque de vez en cuando lo encendía con la esperanza de recibir algún mensaje. Esa mañana tomó camino

hacia el Centro de Día de la calle Martínez Campos, un lugar donde se prestaba ayuda a personas sin recursos. Lo había descubierto en los primeros días, pero no había entrado hasta la segunda semana, hartado de mantener su estómago satisfecho a base de lo que encontraba en contenedores próximos a supermercados.